

9. -
RETABLO.

MILAGRO

O.

M. H.

N-ORTIZ" EN-COMENDO-A-
AN. JUAN-de-LOS-LAGOS. A-
ATEO HERNANDEZ, QUE-
LOS ESTADOS-UNIDOS. Y SE
A-EN-FERMO-de-LA-VISTA
N-GRACIAS. POR-SU-FAVOR

MEXICO

MIGRANTES AGRADECIDOS

Jorge Durand y Douglas S. Massey

LA NECESIDAD DE "HACER PATENTE" UN MILAGRO o "dar gracias" por un favor recibido encontró en la expresión gráfica la mejor manera de plasmar y difundir los méritos y virtudes de una imagen. Pero también, fue quizás una de las pocas formas en que el pueblo pudo dejar constancia de sus problemas, angustias, necesidades, enfermedades y sufrimientos en diferentes momentos de la historia en diversos lugares de la geografía nacional.

Los exvotos pintados, conocidos en México como retablos, pueden tomarse como una obra de arte, un testimonio personal, una confesión, un medio de comunicación y expresión populares muy difícil de plasmar y reconocer en otros ámbitos de la vida social. En los retablos se reflejan los sufrimientos, enfermedades, desgracias, el desamor y el abandono que forman las vidas y vicisitudes de todos y cada uno.

Pero pueden ser vistos también como un documento, donde la gráfica y el texto se convierten en fuente múltiple de información histórica y sociológica. Porque los retablos recorren los procesos y momentos de la historia de una región, dan cuenta de esos eventos y situaciones que han hecho la peculiaridad de sus gentes. La Virgen de San Juan de los Lagos, el Señor de la Misericordia en Tepatitlán o la Virgen de Zapopan en Guadalajara han recibido los testimonios de una sociedad que vivió en el miedo al bandolerismo durante buena parte del siglo XIX, que vio llegar a los revolucionarios durante la década de 1910, que resistió a la leva forzosa, que sufrió y luchó durante la rebelión cristera. Han sido testigos de los cambios en el medio rural, de las transformaciones de una sociedad ranchera, de las penurias que hicieron emerger el mundo urbano en la vida pueblerina, del desplazamiento de sus gentes hacia otras tierras, rumbo a otros mercados de trabajo.

Así, en los retablos ha quedado consignada también una historia particular pero fundamental en la vida de la región: la emigración hacia los Estados

Unidos. En esas pequeñas pinturas los migrantes han dejado constancia de sus hazañas y descalabros, de sus miedos, esperanzas y desilusiones. A partir de sus experiencias, que quedaron plasmadas en láminas, dibujadas por ellos mismos o por manos que supieron interpretar sus sentimientos, pretenden describir e ilustrar el fenómeno migratorio tal como lo vieron, vivieron y expresaron aquellos que cruzaron la línea en busca de trabajo en diferentes momentos a lo largo de esta centuria; sus hitos y manifestaciones, los dilemas, riesgos y consecuencias, los efectos previstos y los inesperados en cada lado de la frontera. La migración antigua y numerosa se integró y entretendió en toda la complejidad y riqueza de la experiencia religiosa de los occidentales.

Hoy por hoy para la gente del occidente ver un retablo firmado en Compton, San Antonio, Salinas y Oxnard es tan natural como el de cualquier localidad de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, San Luis Potosí o Zacatecas. Casi cualquier familia tiene algún pariente que vive en el otro lado y sabe de sus penurias y alegrías, de sus tristezas y devociones. Y es que los migrantes han mantenido sus relaciones con los parientes de este lado, siempre han soñado con volver a la fiesta del pueblo, con regresar al santuario de su devoción para darle gracias a una Virgen, a un Cristo, a una imagen venerada. Sus puntos de peregrinación están de este lado de la frontera. Y de allá vienen, de los lugares donde tradicionalmente se han asentado las familias mexicanas: Chicago, Texas, California, Nuevo México, Arizona, Nevada. Año con año la Virgen de Zapopan, la Virgen de Talpa, el Señor de la Misericordia, el Señor de Villa Seca, el Señor del Saucito y, sobre todo la Virgen de San Juan de los Lagos, acogen a peregrinos que llegan con sus retablos a cumplir una manda, a visitar a la imagen de su devoción aunque sea mucho más tarde de lo que se quisiera.

En los retablos aparece también una parte de la historia que generalmente no ha sido contada. La ida al norte se ha convertido en rito de pasaje masculino, es sinónimo de aventura, causa de orgullo y satisfacción para los que regresan con bien y con dinero. A los que les va mal prefieren callarse. No vaya a decirse que fueron flojos, que les dio miedo. Sólo a la Virgen, al Señor se les puede decir la verdad, contar esa historia de tristeza y temor.

Otra parte de la historia es la más conocida. Aquella que ha visto en


los retablos una de las expresiones más interesantes y genuinas del arte popular. Práctica en la que se confunde la mano primeriza e inexperta, con la del pintor de rótulos y letreros y la del maestro excepcional como Hermenegildo Bustos y Fernando Castillo, pinturas que han tenido el reconocimiento de grandes pintores como Montenegro, Rivera, Siqueiros y sobre todo Frida Kahlo quien retomó en muchas de sus obras la estructura pictórica tradicional de los retablos.

Al comienzo de este siglo los campesinos de Guanajuato, Jalisco, Michoacán, San Luis Potosí y Zacatecas ya habían aprendido el camino para el norte. La conexión ferrocarrilera entre México y Estados Unidos había sellado un pacto perdurable entre la oferta y la demanda de mano de obra barata entre ambos países.

Los empleadores americanos ya no tenían que importar jornaleros de China o Japón, ahora contaban con trabajadores a unos kilómetros de distancia con la ventaja adicional de que no había que darles empleo durante todo el año, ya que los mexicanos podían y querían regresar a su tierra. Se iniciaba así una migración peculiar, sólo posible entre dos países fronterizos. Por eso en vez de adaptarse a una nueva vida y a un nuevo país, soñaban con el retorno, con el reencuentro familiar, con la milpa y los elotes, con el adobe, el polvo y el humo de su hogar. Los retablos de los primeros años de la emigración reflejan esta situación: los migrantes eran, por lo general, hombres solos que vivían en muy precarias condiciones en el norte, una gran mayoría trabajaba en las labores agrícolas y en el ferrocarril.

Si bien se ganaba más, las condiciones del mercado de trabajo eran deplorables y las condiciones de vida desconocidas y difíciles. Además de la dificultad del idioma, los migrantes trabajaban jornadas largas y extenuantes, pasaban hambre y frío, dormían en barracas o al lado de las vías que tenían que reparar, se enfrentaban a la soledad y a un nuevo trato, donde el racismo, tan enraizado en la sociedad anglosajona de esa época, encontraba en los mexicanos un nuevo motivo de escarnio.

Ir al norte en busca de trabajo siempre ha supuesto riesgos y acarreado costos que han cambiado con el tiempo. A comienzos de siglo era relativamente fácil cruzar la línea, a lo más había que contratarse o pagar algunos dólares de impuesto, pero el trabajo y las condiciones laborales eran muy duras. Luego, a fines de los veinte se volvió muy complicado



pasar a la frontera y más todavía permanecer en el otro lado: habían empezado las deportaciones vinculadas a la depresión de la economía norteamericana. En la década de los cuarenta volvería a reiniciarse la marcha, había llegado la época de las contrataciones que duraría veintidos largos años, hasta 1964. A partir de ese momento se inició la era de los indocumentados, que quiso ser concluida en 1986 con el advenimiento de la amnistía con base en la Ley Simpson-Rodino. Los retablos dan cuenta de cada uno de los hitos de este largo proceso histórico y alcanzan a advertir las dificultades, los problemas de cada momento. Algunos hacen alusión directa a las contrataciones y en otros se puede inferir por las fechas. Es la época en la que aparecen más retablos: la demanda de mano de obra en la década de la Segunda Guerra Mundial convirtió el movimiento de personas entre los dos países en un fenómeno masivo.

Después de 1964, cuando concluyó el programa bracero, sólo hubo dos formas de pasar: con papeles o sin ellos. Para obtener los documentos el primer escollo ha consistido en sacar el pasaporte. El siguiente y más difícil es obtener la visa americana. Todos los días se ven largas, interminables colas de personas que intentan sacar visas en los consulados americanos del Distrito Federal y Guadalajara. No es asunto sencillo, se piden requisitos muy difíciles de conseguir para la gente del campo. De ahí que para algunos migrantes lograr la visa sea un verdadero milagro que se deba agradecer.

Cuando esa opción está cancelada, no hay más camino que arriesgarse a pasar sin documentos. Antes de partir todo es incertidumbre: El "coyote", el río, la tierra de nadie, la carrera nocturna, la "migra", el país desconocido. Por eso es frecuente que antes de iniciar el viaje los migrantes pasen por la iglesia a rezar y a encomendarse a la imagen de su devoción.

Una cosa es pasar, otra es arribar. Una dirección en el bolsillo, un número de teléfono son a veces toda la información que trae un migrante. El problema de perderse y no poder llegar al lugar indicado ha sido una vieja y permanente angustia de los migrantes. Muchos se han perdido, algunos para siempre.

Una vez en un sitio relativamente seguro el migrante se enfrenta a otras dificultades, entre ellas la de encontrar trabajo, adaptarse a la nueva situación y a un oficio desconocido, manejarse en otro medio,

evadir a la migra, exigir sus derechos laborales y soportar las nuevas condiciones de trabajo. Conseguir un buen trabajo no ha sido tarea fácil; por lo general los braceros han desempeñado las tareas más pesadas y peor pagadas, e ahí la angustia, el temor a perder un buen empleo.

La condición migrante se vuelve particularmente angustiante cuando se les atraviesa una enfermedad. Entonces hace crisis la vida en país extraño, donde no conocen a nadie y les resulta muy difícil comunicarse. Por eso el regreso de los viajeros con salud y "con bien" ha pasado a ser motivo de gran alegría para la familia del migrante. Y es que ciertamente los familiares que están en México viven la ausencia con incertidumbre y temor. Se preocupan por las dificultades y riesgos del viaje y la travesía, cuando escasean o de plano se interrumpen las noticias. Su consuelo y confianza suelen depositarlos asimismo en la devoción y la oración.

La migración añosa y masiva ha generado y acumulado nuevos procesos. Uno de ellos ha sido el incremento de la proporción de mujeres en la migración, en origen un fenómeno más sesgadamente masculino en la región occidental.

Con los años se ha desencadenado otro proceso, seguramente poco previsto, menos deseado. El migratorio ha acumulado tantos años y ha envuelto a tanta gente que inevitablemente se ha suscitado el asentamiento, el establecimiento de muchas familias mexicanas en Estados Unidos. Para estos mexicanos residentes en Norteamérica el abrirse camino no ha sido sólo cuestión de suerte. Han recorrido un largo trecho de aculturación y adaptación.

Pero para muchos indocumentados la situación ha empezado a cambiar. Casi dos millones de mexicanos han podido acogerse al programa de amnistía (Ley Simpson-Rodino) y al de trabajadores agrícolas especiales (SAW). A partir de 1988 muchos migrantes han acudido al Santuario a dar fe de lo que para ellos era un milagro: haber arreglado su situación legal. El camarín de La Virgen ha empezado a lucir y acumular constancias y fotocopias de documentos oficiales que demuestran su nueva condición de residentes. La Virgen de San Juan de los Lagos es otra vez testigo de esta nueva historia de las gentes de su región. Y una vez más ha mostrado que como decía Rivera: los milagros son hechos cotidianos y los hechos cotidianos pueden ser milagrosos.

De ahí que no sea casualidad el que esta colección de retablos haya podido ser reunida y más aún que haya podido ser expuesta. Tampoco es casualidad que en estos tiempos de acuerdos bilaterales los migrantes nos informen, con la palabra y el pincel, cómo les fue en el otro lado y lo que les costó ganar unos pocos dólares.



INFINITAS GRACIAS POR SALVARLE LA VIDA AL CAER BAJO LAS RUEDAS DE UN CAMIÓN